

## CAPÍTULO VEINTIDÓS COMENTARIO DE CANTAR DE LOS CANTARES

Continuando con el comentario al libro de “Cantar de los Cantares”, llegamos al versículo cuarto del capítulo séptimo:

*“Tu cuello como torre de marfil”*

Esta parte del cuerpo de la esposa también figura descrita por su *amado* en el capítulo cuatro y verso cuatro de esta joya literaria y poética que es el libro de “Cantares”:

*“Tu cuello, como la torre de David, edificada para armería. (Versión Moderna: “Tu cuello es como la torre de David puesta en atalaya.”). Mil escudos están colgados en ella, todos escudos de valientes”*

La traducción de la Versión Moderna, a la que aquí hacemos alusión, tiene el mismo sentido que la de Reina Valera del 60, pero matiza mejor el contenido y significado del texto. Esa torre servía de atalaya o vigía para guardar a la ciudad de Jerusalén y al pueblo de Israel. Pero además de ejercer la función de vigía, la torre era en sí misma, una fortaleza donde se escondían o guardaban las armas. Tenía colgados más de mil

escudos, todos pertenecientes a hombres muy valientes. En definitiva, era una especie de fuerte. Cuando venían los enemigos de los israelitas, el vigía, desde la atalaya, daba la voz de alarma y todos los encargados de defender la ciudad de Jerusalén corrían a la torre para coger sus armas (escudos, espadas, etc.) y defenderla. Cuenta la Escritura que la torre era de marfil, de color blanco y de una estimable belleza.

Primeramente, vamos a realizar el análisis(exégesis) de esta parte del cuerpo de la esposa desde el punto de vista anatómico. El cuello de una persona es un órgano muy delicado y alberga partes de la anatomía humana (órganos internos fundamentales para definir a un ser como “homo sapiens”, antropológicamente consciente y diferenciado de otros seres vivientes no-humanos conocidos como “homínidos”) muy importantes y trascendentales desde el punto de vista existencial. En el cuello se cruzan las vías respiratoria y digestiva. Por una parte, por el cuello (faringe) pasan los alimentos que a través del esófago llegan al estómago, y después pasando por el asa duodenal, al hígado, quién se encarga de metabolizarlos y distribuirlos a todo el sistema económico del organismo a fin de satisfacer sus necesidades vitales. La boca, que forma parte del aparato digestivo, tiene unos órganos llamados amígdalas que son un reservorio de microbios (denominados saprofitos; es decir, no patógenos) que a su vez defienden al organismo para que no sea invadido por otros microbios más virulentos que pueden producir diversos cuadros infecciosos graves y afectar peligrosamente al corazón. En la cavidad bucal también se aloja la lengua, órgano esencial para la articulación de la palabra hablada, que se manifestará como expresión por antonomasia del lenguaje. El lenguaje establece una diferencia fundamental entre el antropos (Gr- ser humano) y los demás seres vivientes que no son capaces de traducir las elaboraciones *noéticas* (pensamientos) en palabras que describan la realidad del entorno y los pensamientos –tanto conscientes como inconscientes– que se elaboran en la esfera

de la intimidad de un ser. Esta es la descripción del cuello de la esposa, tal y como ella considera que el esposo la ve y la vivencia.

Estableciendo una relación analógica y ayudándonos de la interpretación alegórica, tendríamos que reconsiderar aquellas palabras de Jesucristo, cuando recogiendo un pensamiento del Antiguo Testamento, afirmó: *“No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* La esposa debe alimentarse con la *“Palabra”* del esposo. Para que dos seres enamorados y unidos por el vínculo sublime del amor alcancen una verdadera realización, es necesario que se establezca entre ellos la comunicación y el diálogo. El amor se expresa con manifestaciones psico-afectivas: besos, caricias y entrega incondicional en el abrazo vehemente que fusiona dos seres en uno. Pero todas estas manifestaciones psico-emocionales no alcanzan la verdadera realización sin la acción vivificadora de la palabra. Dietrich Bonhoeffer definía la relación del alma con Dios, de esta manera: *“Dios está ahí (en el alma) y mucho más allá de ella”*.

En la carta a los Hebreos se habla de cómo la acción transformadora de la palabra (divina o humana) alcanza los estratos más profundos de nuestro corazón: *“Porque la palabra (gr- logos) de Dios es viva y eficaz (gr- operante, eficiente), y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir (gr- división, distribución) el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne (gr- capaz de juzgar) los pensamientos y las intenciones del corazón”* Hebreos 4:12. La palabra de la esposa alcanza el corazón de su amado y la palabra del esposo penetra en la esfera de la intimidad de su amada y la transforma. La palabra es el medio de expresión por excelencia, que permite la comunicación más profunda y trascendental de dos seres que por la acción transformadora de la misma se han convertido en uno. Esta realidad trascendente de la relación del alma-espíritu con Dios la expresa el apóstol Pablo de la siguiente manera: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado (gr-con-crucificado), y ya*

*no vivo yo (gr-ego), más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del hijo de Dios, el cual me amó y se entregó así mismo por mí” Gálatas 2:2.*

Si en el libro de Cantares se tratara solo del amor entre dos seres humanos (un varón y una mujer), ambos, al describirse el uno al otro, estarían sublimando la realidad antropológica, afectiva, emocional y estética, en las elaboraciones oníricas de la esposa. Pero desde el punto de vista de la tesis que mantenemos en este comentario, sostenemos que en el libro solo hay un personaje: la esposa que duerme y sueña, y que durante su actividad onírica consigue elevar al campo de su conciencia los contenidos más profundos que se albergan en las estructuras más inaccesibles de su corazón. Se describe así misma como entiende-desde el fondo de su ser- que la considera el *amado*; y describe a éste tal y como está configurado en la imagen que de él lleva grabada en su esfera subliminal (inconsciente) y más trascendente de su intimidad. Esta realidad salvífico-soteriológica la expresa la esposa en sus sueños arquetípicos de la siguiente manera: “*Yo soy de mi amado, y mi amado es mío*” Cantares 6:3. Para la *esposa* el *amado* es *La Palabra*, el *Verbo*, que alimenta su alma, dirige su vida y llena de gozo su corazón; y para el Amado la esposa es su sombra en el mundo y “la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” Efesios 1:23

La Palabra del *esposo* alcanza todas las esferas o estratos psicósomáticos de su *amada*: soma, psique y pneuma (cuerpo, alma y espíritu) Si la *esposa* representa a la Iglesia, toda su Personalidad Integral queda bajo la Sombra de Aquel que la ama con amor indestructible, y ésta debiera corresponderle con el amor que el Espíritu de Dios plasmó en el pensamiento y el sentimiento del apóstol Juan en su primera carta: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”

Pero el cuello también tiene que ver con la voz. Sería muy complicado describir desde el punto de vista anatómico y funcional todos los

órganos que influyen en la ontogénesis de la palabra. Creo que en la esfera de la intimidad de un ser se generan motivaciones, pensamientos y sentimientos, que normalmente desean expresarse verbalmente. Para ello entran en funcionamiento determinadas zonas de la corteza cerebral. De la misma parten impulsos, a través de ondas electromagnéticas sonoras, que discurriendo por el Sistema Nervioso periférico alcanzan la laringe. Aquí entran en actividad las cuerdas vocales que tienen la función de “fonetizar” estas ondas y enviarlas a la cavidad bucal. Por fin, la lengua las emite como la palabra hablada, que favorece la comunicación verbal por excelencia: el lenguaje, que transmite a los demás nuestros pensamientos, sentimientos y deseos. Para la elaboración del lenguaje, intervienen también los órganos de los sentidos (vista, oído, gusto, olfato y tacto) y las influencias que recibimos del medio circundante en que devenimos nuestra realidad cotidiana. Podemos afirmar como el gran filósofo español Ortega y Gasset: “Yo, soy yo y mis circunstancias”

En este libro de “Cantar de los Cantares” el amor se expresa y manifiesta, por excelencia, mediante la palabra; es decir, mediante el lenguaje. Éste recoge los sentimientos más sublimes que anidan en los estratos más profundos del corazón y los trasmite al ser amado con el que se establece la comunicación y el diálogo. En muchas ocasiones, el amor no se expresa mediante gestos, ni actitudes, ni palabras. Se esconde en el silencio, refugiándose en los estratos más profundos de nuestro corazón. Entonces se da paso a la comunicación no verbal, que desde nuestra esfera inconsciente envía mensajes subliminales al corazón del ser amado, reclamando una respuesta que satisfaga los deseos más vehementes y anhelados para conseguir una verdadera realización, inmanente y/o trascendente.

Aplicando todas estas deliberaciones a los contenidos de las elaboraciones oníricas de la *esposa* (el alma o la Iglesia), llegamos a la conclusión de que la Sulamita ve a su *amado* como aquel que valora su belleza,

que admira su distinción, y que ella atesora en su corazón su Palabra como arma guardada en la torre de la fidelidad para defender, si fuese necesario aún con su vida, los valores y principios de Aquel que la llamó de las tinieblas a su luz admirable. En la actividad inconsciente de la *esposa* penetra el espíritu de su *amado*, Aquel que se fusionó con Ella en la trascendencia del tiempo indefinido.